

## RELATO

### LA FUERZA DEL CORAZÓN

JULIETH  
PÉREZ SILDARRIAGA\*

\* Estudiante del noveno semestre de Derecho. Trabajo presentado en la Cátedra de Investigación, del profesor William Cerón. Universidad Autónoma Latinoamericana, 2020.

No sé ni por dónde empezar. Y la verdad, hoy más que nunca, me siento perdida, me cuesta descifrarme, entenderme, ser consciente de lo que siento (aunque muchas veces ni yo misma lo sé), me cuesta encontrarme, ubicarme, estudiarme, sentirme, guiarme, protegerme, impulsarme, y en general, deshojar las páginas de mi vida, esas que componen mi historia y que de una u otra forma son el motor de mi existencia.

Sin embargo, ya empecé a llenar estos renglones, y ahora me pertenecen, o tal vez yo les pertenezca a ellos (vaya uno a saber), y sólo me queda decir que juntos recorreremos intrépidos caminos de lucha y esperanza, teniendo en cuenta que para llegar a ellos debimos atravesar en múltiples ocasiones el valle del sufrimiento,

debimos perdernos en los límites del tiempo, debimos jugar a ser y dejar de ser entre la luz y la oscuridad, debimos caminar torpemente por las calles bohemias del pasado y del olvido, debimos correr con todas nuestras fuerzas esquivando la realidad, debimos sumergirnos en las aguas turbias del alma, debimos tocar fondo, incluso, debimos morir muchas veces para después renacer entre las sombras inconstantes de esta perplejidad hecha vida.

No sé en qué vaya a terminar todo esto (si es que termina), o si por el contrario, sea el inicio de un nuevo comienzo, no sé qué vaya a pasar con esta piel de rutas perdidas, con este corazón lleno de memoria, con estos pasos que tantas veces me traicionan, con estas heridas abiertas que me desangran, con estos ojos que me delatan, con un pasado que me condena, con estos recuerdos que llevo estampados en el alma y que todos los días me fragmentan... No sé qué sucederá conmigo y con ustedes, cuando llegue a ese temido y anhelado punto final...

Lo único de lo que puedo estar segura es que ya no hay marcha atrás e inevitablemente en estos trazos llenos de subidas y bajadas, de líneas rectas y curvas, dejaré por siempre, una parte de mí, ya que indiscutiblemente estoy viviendo uno de los mayores retos de mi vida, en el que la fuerza y la valentía me han abandonado por momentos y han sido reemplazadas por una profunda agonía que en más de una ocasión me ha hecho desfallecer; en el que la melancolía ha llamado a mi puerta todas las noches para abrigarme; en el que he sacado a flote toda la fragilidad de la que estoy hecha como ser humano; en el que la soledad y el sonido de los latidos de mi corazón parecen ser mis más sinceros y leales amigos; en el que he descubierto que muy dentro de mí se escondía una persona compleja que hasta ahora reconozco y con la que ya tengo enormes diferencias; en el que más he aprendido de mí; en el que más me he conocido y desconocido; en el que más me he valorado y en el que más he tenido consciencia sobre cómo he llevado mi vida hasta ahora: en la que por algunos momentos he interpretado un sinnúmero de papeles en una vida que se me ha hecho extraña, en la que me he puesto máscaras, he creado miedos absurdos, he dejado puntos inconclusos, me he dicho al oído

que no puedo lograrlo, me he desafiado, he fingido ser fuerte cuando en realidad estoy hecha pedazos, he sufrido en silencio, me he sentido más sensible de lo que podría sentirse cualquier persona, me he tejido a punta de añoranzas, me he guardado tristezas y decepciones sin pronunciar una sola palabra, he tropezado sin tener dónde apoyarme, he sido mi enemigo más grande, he llorado por el dolor ajeno, he sentido ganas de retirarme por un momento de esta partida, me he sentido viviendo en un tiempo que no me pertenece, he desconfiado de todos, he cerrado mi corazón sin motivos como una verdadera cobarde, he pensado que vivo cargando una edad ajena que no me identifica, me he pasado de noble, me he extraviado, me he derrumbado pensando en que algún día todos tendremos que partir, se me ha hecho difícil tener que soltar personas y momentos, he llevado el pasado como mi sombra, he cargado con culpas, he tenido arrepentimientos, me he dado golpes de pecho, me he sentido abatida, me ha invadido una profunda nostalgia revisando las páginas del libro de mi vida y me ha consumado la desesperanza; pero en la cual sin duda, también he sido, a mi manera, feliz, ya que he tenido grandes victorias, he sentido que a pesar de todo una fuerza descomunal me impulsa para continuar, he contado con una familia bondadosa, amorosa y unida que ha velado siempre por mi bienestar y ha sido mi guía en medio de tanta oscuridad, he creado lazos inquebrantables con mis mascotas y han sido los dueños de mis sonrisas traviesas, he caminado con la firme esperanza de que todo puede mejorar, he reencarnado la niña que algún día fui, he soñado, me he perdido en infinitos atardeceres, me he quedado inmóvil ahogada en mi propio silencio observando la inmensidad de la luna y las estrellas, me he deleitado viendo la lluvia caer, he leído hasta embriagarme, he abrazado con el alma, he dibujado y pintado con pasión, he cocinado, he sembrado, me he arriesgado, he tomado decisiones y he actuado basada en mi intuición, he escrito, me he descubierto, me he reinventado, me he amado, he aprendido de mis errores, lo he dado todo en el campo de batalla, he sido mi propio refugio, he escuchado la misma canción cientos de veces con una nostalgia en mi garganta, me he desahogado con las estrellas, me he entregado con el alma de manera desmedida, he

sido mi propio héroe, he recibido todas las circunstancias y las personas que han llegado a mi vida con los brazos abiertos y he aprendido de ellas hasta más no poder, he sido tranquilidad, me he escuchado, me he sentido, he reflexionado, me he aconsejado, me he reconstruido, y al final, siempre he creído en que la fuerza del corazón puede cambiarlo todo, y hoy puedo decir con certeza que absolutamente todo ha valido la pena...

Ahora bien, es necesario decir que mi cómplice será esta pobre alma hecha a pulso que me reta y me condena, que me confunde y a la vez me hace poner los pies en la tierra. Y es mi obligación advertir que no cuento con ningún tipo de brújula o ruta, mapa, rumbo o dirección. No tengo tampoco salvavidas, paracaídas, la llave de la felicidad, la clave del éxito, la fórmula de la inmortalidad, la cura para las penas que ahogan el alma, un boleto de regreso y mucho menos mi vida resuelta. Así que no esperen mucho de mí. Lo único que prometo es que escribiré desde mi corazón de la manera más honesta posible y que les dejaré sin duda, en estos renglones, una parte de mi alma. No sé ustedes, pero para mí, eso ya significa todo.

Espero que cada una de las palabras que con tanto esmero he depositado en estas simples hojas blancas, y que he ido moldeando para llenarlas de sentido, les pueda servir en algún momento cuando todo se torne oscuro, cuando el alma se encuentre enferma, cuando estos arduos caminos los lleven al abismo de la desesperanza, cuando los recuerdos les jueguen una mala pasada, cuando los remolinos del destino les sacuda la vida, cuando todo parezca estar llegando al final...

En todo caso, les regalo este momento, y les deseo valentía y audacia para hacerle frente a la vida, para mirarla con franqueza, para abrazarla sin tedio y para caminar con ella guiados por las estrellas y la inmensidad del universo, hasta el ocaso intempestivo y fugaz que a todos nos espera...

Éxitos en el camino...

Buen viaje.

Han sido días extraños, retadores, reveladores y hasta necesarios, en los que poco han importado los lujos, las excentricidades, la vanidad,

la fama o el poder, pero en los que ha sido obligatorio, volver a lo esencial, redescubrirnos, valorarnos, guiarnos, abrazarnos, ponernos en los zapatos del otro, sentirnos, humanizarnos.

Hemos regresado abatidos como extranjeros a nuestras raíces, buscando hallar todo ingenuamente en el lugar de siempre, tal y como lo dejamos un día: la mesa servida ansiosa de reunir en un mismo sitio a todas las personas que a pesar de que vivían juntas, a veces se comportaban como extraños; el cuadro torcido de un paisaje lejano o del corazón de Jesús que misteriosamente nos producía una sensación de alivio; la manta que nos negábamos a desechar que nos acompañó desde cuando éramos niños; la mesita de noche a la que le confiábamos nuestros más preciados tesoros; el sitio que reservamos para realizar nuestras tareas con el sueño de ser médico algún día, ingeniero, escritor o abogado, y así sacar adelante a nuestra familia; el patio donde armamos verdaderos días de verano; la terraza donde emprendimos mágicas noches de camping; las calles empolvadas en las que corrimos, reímos, lloramos, armamos fogones improvisados, nos caímos, hicimos amigos, crecimos, aprendimos y soñamos; y el viejo sillón donde nuestra madre pasaba horas sentada mirando el reloj esperando angustiada nuestro regreso... (respóndase usted mismo lo que todavía permanece y le pertenece, ya que eso no me corresponde a mí decirlo, y en últimas, prefiero dejárselo a su consciencia).

Y es que claro, uno siempre huye de lo que realmente ama, de lo que nos hace ser mejores, de lo que nos regala paz, de lo que nos impulsa, de lo que nos mantiene cuerdos, de lo que nos regala vida, de lo que nos mantiene vivos. Y uno se escabulle de puntitas haciendo el menor ruido posible, llevando un equipaje liviano para no levantar sospechas, tratando de no dejar pistas, sin dejar siquiera una carta de despedida, una palabra de agradecimiento o una nota con algunas recomendaciones y sugerencias de cómo lidiar con ese hasta siempre. Y es ahí cuando uno se lanza al vacío inconmensurable del destino y del tiempo. Y a partir de ese momento, uno empieza a recorrer las calles desconocidas de una ciudad fantasma, en la que todos agonizan, en la que todos caminan sin sentido, en la que todos se dejan llevar por las noches seductoras que enceguecen

y hacen perder el control, en la que se alquila la vida, en la que se paga por destruir sueños, en la que se compra el alma y en la que el objetivo principal es distraer a las personas, desubicarlas y dejarlas en un estado ilusorio de euforia, placer y tranquilidad. La consecuencia innegable es hundirse en el fango del sufrimiento...

Y es que cómo explicar lo inexplicable, cómo entender que huimos del faro de luz que nos mantiene de pie para sumergirnos en profundas tormentas que nos hacen frenar en seco y que nos producen tantos dolores de cabeza. Cómo justificar que nos encanta sufrir, que nos apasiona llevarle la contraria a esos hilos invisibles de vida que ya están unidos de manera inevitable e ineludible, que nos empeñamos en complicarlo todo, que nos obsesionamos con perseguir lo imposible y que nos auto-flagelamos buscando encontrar alivio a un mal buscado. Cómo sustentar nuestro inconformismo, ese que nos hace actuar como verdaderos cobardes y nos hace dejarlo todo tirado, ese que nos carcome el alma y que nos conduce despiadadamente por el acantilado de la ambición...

Y en medio de este caos que se hace incomprensible, con tal de alcanzar ese todo que mide erróneamente la grandeza de una persona, somos capaces de hacer lo imposible, somos capaces de arrastrarnos por nuestras propias cenizas. Cómo asimilar entonces que no somos más que una contradicción y que, al igual que luz, también somos algo de oscuridad...

Sin embargo, hay que dejar muy claro que, en este mundo de idas y vueltas, de calles estrechas y grandes avenidas, nada dura para siempre y cualquier cosa puede pasar. En ese sentido, así como un día huimos sin motivos y sin explicaciones, otro día, también tenemos que regresar. Es una de las leyes de la vida.

Y en efecto, uno regresa, uno vuelve a seguir recorriendo ese camino que ya se sabe de memoria y uno se empeña en seguir armando esas piezas que una vez se dejaron rotas... y en medio de esto, a pesar de tener un vacío intenso en el estómago que deambula por todo el cuerpo y un mareo constante que poco a poco nos debilita, nos vestimos de seda y de fuerza simulando estar bien, fingiendo tenerlo todo controlado. No

obstante, el papel de actores en ese momento, ya no nos queda, ya no es creíble, es entonces cuando la verdad aflora por los poros, avizorando una mirada extraviada, unos pasos inconclusos, una voz que se entrecorta y que no encuentra las palabras adecuadas, y una maleta igual de vacía a la que un día también obligamos a salir corriendo.

Y uno empieza a caminar despacio y a calcular cada movimiento. Y uno respira, y por primera vez en mucho tiempo, lo hace de verdad. Y justo en ese instante, uno se siente protegido, se siente a salvo y habita, por fin, otra vez, esos rincones que llenan el alma y que nos impulsan para continuar. Es una sensación inexplicable. De ahí en adelante, la realidad es única para cada persona, todo depende de los designios que ya se encuentran escritos para todos en el universo.

Hay quienes llegan y encuentran todo igual como lo dejaron un día y logran hacer las paces con el tiempo perdido, con el pasado, con el presente y con esas personas que todos los días se asomaban por la ventana de la vida soñando con nuestro regreso. Esos sí que son afortunados.

Por el contrario, hay quienes regresan y no encuentran más que el tiempo hecho polvo encadenado a nuevas rutas imposibles de descifrar. Y al observar esto, emprenden una verdadera carrera con el corazón en la mano tratando de hallar respuestas... y se topan con un panorama desolador: la mesa ya no estaba servida porque las personas que allí se reunían se cansaron de departir con extraños y decidieron que lo mejor era tomar rumbos diferentes; la manta ya se encontraba tan desgastada por el paso infame del tiempo, que ya no le alcanzaba para abrigarnos la vida; la mesita de noche había quedado reducida a unas simples tablas que ya no cumplían ninguna función, igual ya nuestros más preciados tesoros habían sido arrojados a la basura; el sitio que reservamos para realizar nuestras tareas estaba lleno de escombros, escombros que también trajimos de ese viaje desgastante que no había valido la pena hacer, escombros que de una u otra forma nos detenían a pensar de que ahora nosotros mismos debíamos ser nuestro propio médico tratando de suturar esas heridas que nos habíamos auto-infligido, asegurándonos de prevenir cualquier tipo de infección que nos perforara el alma y nos

hiciera caer en coma profundo, nuestro propio ingeniero tratando de hacer cálculos para reconstruir esas piezas sueltas, esas ruinas a las que había quedado reducida nuestra vida y que alguna vez fueron un todo, nuestro propio escritor, porque de ahí en adelante debíamos seguir escribiendo con inteligencia y con cabeza fría cada una de las páginas de nuestra vida, cada una de las páginas de nuestra propia historia, y ser nuestro propio abogado, porque era innegable que nos esperaba un verdadero juicio entre el corazón, la razón y la memoria; de los días de verano en el patio lo único que quedaba era el sol que aún seguía asomándose en el mismo horario; de las mágicas noches de acampada sólo quedaron algunas estrellas desgastadas dibujadas temblorosamente en la terraza; las calles aún seguían empolvadas, pero los vientos del destino se habían llevado por diferentes senderos a esos niños que un día jugaron a ser felices, y el cuadro torcido del Corazón de Jesús esta vez nos miraba fijamente con ojos penetrantes mientras caíamos de un solo golpe al piso ahogados en llanto, conformado de recuerdos, culpas y remordimientos, todo esto, al percatarnos de que el viejo sillón se encontraba vacío y que seguiría así por siempre hasta la eternidad...

Que más se puede esperar de nosotros, esos que se venden al mejor postor, que huyen cuando todo se oscurece, que no afrontan las consecuencias de sus actos, que mienten por naturaleza, que fingen ser lo que no son, que se tropiezan una y otra vez con la misma piedra, que se desconcentran y se olvidan de que sólo estamos aquí para vivir... tal vez esto se deba a que no dejamos nunca de ser humanos...

Hoy, en medio de la vorágine que es la vida, nos perturba un acontecimiento global. Y es que pasamos de ser un mundo lleno de éxtasis, a estar en medio de una gran encrucijada, en la que poco sabemos acerca de quiénes realmente somos y hacia dónde nos dirigimos. Muchas veces pareciera, incluso, que estuviéramos atrapados en una historia de terror en la que atravesamos al unísono el túnel que conecta la vida y la muerte. No sé hasta qué punto este sea el resultado de un crimen o castigo, o más bien sea la crónica de una muerte anunciada o a lo mejor se trata de un hecho en el que el padre les habla a sus hijos.

En últimas, nos tocará volar sobre el pantano, guardando la esperanza de que, en el otoño de algún año, podamos contar una nueva historia, en la que dejemos como legado la importancia de la comprensión y la fuerza, en medio del juego de la vida.

Lo que sí sé es que estamos en medio de una rebelión que hace la naturaleza, para que entendamos la importancia de reflexionar, apreciar y valorar de verdad, el mundo de afuera, ese que tanto pasamos por alto; ya que, finalmente, todo esto es una pequeña muestra de que en medio del mundo terrenal en el que estamos de paso, somos simplemente, los hombres invisibles...

Sopla, sopla vida y lléname de ti.

Envuélveme en tu suave brisa y bailemos bajo la lluvia...

Llévate todas estas grietas que me carcomen el alma, pero déjame por siempre tu luz.

Llévame dentro de ti y no me olvides nunca...

Recuérdame siempre...